

NUESTRA SEÑORA DEL VALLE

Al N. E. de la villa sobre una roca, y como sirviendo de perpétua atalaya, ostenta orgulloso sus gloriosas, cuanto antiguas ruinas, un castillo, del que hoy solo queda una masa informe compuesta de escombros, pero que un día fué teatro de grandes acontecimientos.

Corría el año 750, y reinaba á la sazón en Asturias y León el primer Alfonso, célebre por su amor al catolicismo, que le valió el apellido de católico, y también por la extensión que dió á sus dominios, merced á la fortuna con que midió sus armas contra la media luna.

Saldaña era entonces un fuerte castillo triplemente amurallado y que servía á los moros de estratégico punto de avanzada. Tenía el nombre de "Castillo del Yub," sin duda por que era su gobernador el moro Yubed-Ben-Ali, conocido entre los cristianos con el terrible mote de *Saña de Allah*. Jamás apelativo alguno ha tenido mejor apropiación; Saña de Allah era un tigre sediento de sangre cristiana, y sus correrías tenían completamente asolados los campos fronterizos; su nombre era repetido con terror en toda la comarca, pues raro era el día que los cristianos no tenían que lamentar alguna desgracia causada por la guarnición del castillo. Varias veces habían acudido en queja al rey Alfonso, mas éste, ocupada su atención y su gente en empresas de mayor importancia, dejaba pasar el tiempo sin poner coto á los desmanes de Saña de Allah; pero tales fueron estos y á tal punto llegó la osadía del agareno, que el rey católico se propuso castigarla. Al efecto reunió un pequeño ejército, y con él marchó á sitiar el castillo del Yub.

Los moros esperaban prevenidos á D. Alfonso, y confiados en que sus hermanos los de Toledo no les abandonarían, se prepararon á resistir.

La resistencia fué heroica; en vano en cuarenta días consecutivos se estrechó el cerco y se dieron algunos asaltos; en todos ellos los cristianos fueron rechazados, y en los fosos del castillo hallaron su sepultura muchos valerosos guerreros.

Estos resultados aumentaban el valor y la confianza de los moros, que veían cercano el día en que el rey católico se viera obligado á levantar el bloqueo, ó que Abderramán, rey entonces de Toledo, acudiera en su auxilio. En cambio, entre las huestes de D. Alfonso cundía el desaliento, porque miraban ya como inexpugnable aquella fortaleza.

Era la noche cuarenta y una del cerco. En el campamento cristiano, se notaban una tristeza y un silencio extraños. En los tostados semblantes de los soldados se reflejaba el cansancio y desaliento de sus corazones; aquella tarde habían asaltado vigorosamente el castillo y después de encontrar allí la muerte muchos compañeros suyos de armas, habían tenido que retirarse con el corazón lleno de vergüenza, y sin esperanza de castigar la osadía de la media luna.

Don Alfonso, apesadumbrado, se retiró á su tienda mandando que le dejaran solo. Preocupado con las derrotas que había sufrido frente á aquellos muros, y discurriendo un me-

dio, que no encontraba, de apoderarse de ellos, quedose profundamente dormido pensando en que solo la protección del cielo podía inspirarle. En medio de su sueño, una música armoniosa hirió sus oídos, millares de voces entonaban himnos de gloria, y de improviso se le apareció la Virgen María, rodeada de una aureola luminosa y le dijo: "Alfonso, estás apesadumbrado porque no te ha sido posible poner tu planta en el castillo de Yub, y no en vano has tenido fé en mi intercesión. En prueba de lo mucho que agradezco tu amor á la sacrosanta religión de mi hijo, mañana será tuya la fortaleza; para conseguirlo tomarás antes de salir el sol cincuenta soldados, y corriendo la margen izquierda del río Alba, hallarás una piedra marcada con una pequeña cruz, hazla levantar y te descubrirá la entrada de un subterráneo que conduce al centro del castillo," dijo y desapareció.

Cuando el Rey despertó de su sueño, una tenue claridad penetraba por las rendijas de la tienda, el alba empezaba á romper.

En el campamento no se oía aún más que el acompasado andar de los centinelas y sus voces de alerta.

El Rey sonó un timbre que había sobre una mesa, y en el dintel de la puerta apareció un joven guerrero.

—Sancho, dijo el Monarca,—escoge en este momento cincuenta hombres, y prepáralos

para marchar; asimismo dá la orden para que todo el mundo se apreste al asalto.

Inclinose respetuosamente el oficial, saliendo á cumplimentar las órdenes del Rey. A los pocos momentos, los soldados sumisos y silenciosos, solo esperaban la señal para marchar en busca de la muerte, pues ninguno ó muy pocos tenían esperanza en la victoria.

El Rey salió de su tienda armado en guerra, y dió la orden de ataque, que al momento fué repetida por los clarines en todo el campamento. Los cristianos se lanzaron impetuosamente contra los muros del castillo.

Los moros descansaban sobre los laureles de sus triunfos anteriores, y les sorprendió algún tanto aquel brusco ataque que realmente no esperaban; sin embargo no tardaron en rehacerse y repuestos de su sorpresa, en vano los soldados de la cruz hacían prodigiosos esfuerzos de valor, porque todos se estrellaban contra aquellos gruesos muros tan bien defendidos.

Ya los cristianos cejaban y desmayaban aún los más animosos, cuando de improviso suena en el interior del castillo el grito de guerra cristiano; lo extraño de aquel suceso hace suspender por un momento el combate.

El Rey católico, á la cabeza de cincuenta de los suyos, cae como una maza de acero sobre los estupefactos moros, que no se dan cuenta de lo que sucede.

Los de fuera, al ver aquel inesperado auxilio, cobran nuevos bríos, y abren brecha por diferentes sitios de la muralla. La resistencia de los moros fué escasa. La victoria se declaró por los cristianos, y el primer rayo de sol que en aquel instante asomaba en el Oriente, vino á iluminar la bandera de la cruz que ondeaba en el sitio que hasta entonces había ocupado la media luna. Saña de Allah y su gente perecieron todos pasados á cuchillo, en castigo de los crímenes que habían cometido.

El Rey, al dar la orden de ataque, se separó del sitio de la acción con los cincuenta hombres que mandó elegir, y marchó en busca de la piedra que, según las instrucciones que había recibido en su sueño, estaba en la orilla izquierda del río Alba, hoy Carrión; llegó al sitio donde se encontraba la piedra, hizo levantarla, y por el hueco que dejó penetraron en un ancho y bien construido corredor subterráneo, el que fueron siguiendo hasta llegar á una puerta que daba entrada al centro del castillo. La puerta cedió á un pequeño esfuerzo, y entonces penetraron en el interior pasando á cuchillo á cuantos moros encontraban á su paso, introduciendo entre ellos el espanto y desconcierto que produjo su derrota.

Agradecido el Rey católico á la señalada merced que le había otorgado la Virgen cuya protección se manifestó tan visiblemente en su inspirado sueño, mandó edificar en el mismo sitio que ocupaba su tienda, un templo donde se venerara su sagrada imagen, que es la misma que hoy se conserva.

El castillo continuó llamándose Saña de Allah, siendo probable que la corrupción de este nombre haya dado origen al que hoy tiene la Villa. En él estuvo preso, mucho tiempo después, Don Sandio ó Sancho, conde de Saldaña, por el matrimonio clandestino que celebró con Doña Jimena, hermana de Don Alonso el Casto; fruto de estos amores se supone, con más ó menos verosimilitud, á Bernardo el Carpio, el héroe de Romances.

En él falleció la Reina D.^a Urraca 1126, y en 1128 se celebraron las bodas de D. Alfonso el Emperador.

Granizo Álvarez, Sabas Martín: "La Virgen del Valle: tradición popular". Fundación del Santuario de Nuestra Señora del Valle, Patrona de la Villa de Saldaña. Palencia 1911. Páginas 5 a 12 (el artículo tiene la fecha de 1874).

El mismo artículo le reprodujo León Palenzuela, Gerardo: "El mito de la Virgen del Valle". Revista Ágora, n.º 18, noviembre 1999. Edita Ayuntamiento de Saldaña, Saldaña. Páginas 15 y 16.